

EL NEGRO

TIMOTEO

2a. EPOCA

AÑO II

DIRECTOR Y REDACTOR
WASHINGTON P. BERMÚDEZ

Nº 35

MONTEVIDEO, AGOSTO 30 DE 1896

ADMINISTRADOR
Pedro W. Bermúdez Acevedo

CALLE TREINTA Y TRES NÚM. 31
Teléfono: «Cooperativa» 643

Según dicen sus parciales
Los de la mutua alabanza,
Ya no es hoy una esperanza
De las letras nacionales.

Síno que es la realidad
Más brillante y más preciosa,
Tanto en verso como en prosa
De subida calidad.

Ante todo le declaran
Nuestro primer dramaturgo,
Y con el mayor Coburgo
Profífico le comparan.

Que un Coburgo de verdad,
Cual profífico y fecundo,
Ha tiempo goza en el mundo
De justa celebridad.

Así, pues, con un ensayo,
Y otro ensayo y el tercero,
Ha probado el caballero
Ser el Coburgo uruguayo.

Como crítico teatral
Es lo sumo de lo sumo,
Mucho juego, mucho humor...
Y música celestial.

Esto más á su favor
Tiene el moco todavía;
Que la última compañía
Que él celebra es la mejor.

Ayer se llamaba Stagno,
Lo mejor y la Adelina;
Hoy es la Darcieo divina
Y el De Marchi y el Tamagno.

Ayer eran la Pastor,
La Peralon, Gil y Mesa,
Hoy la Roca... ó la Teresa
Mullancs son lo mejor.

Y cual triunfador avanza,
Baje los arcos triunfales
Que le erigen sus parciales,
Los de la mutua alabanza.



PRIMAVERA
FE DE ERRATAS.
Pág. 9

línea 22. Dice *no más*
agregación del cajista.

Pág. 10 línea 28. Dice *bolsazo*

— Léase *bolsazo*.

Pág. 11 línea 6. Dice *timba*—

Léase *timba*.

Pág. 11 línea 9. Dice *rango*—

Léase *categoría*.

Pág. 11 línea 47. Dice *desen-*

viudario— Léase *herbarismo*.

Pág. 24 líneas 28. Dice *desde*

ya— Léase *desde ahora*. Etc., etc.

etc.

UN CRÍTICO TEATRAL
(BOLSA Y BILIBAZO)

Sumario del número 35.—Texto:—Un crítico teatral—Dos épocas: En 1825—En 1896—Un baile en Montevideo—Un gallego y un ministro—El 25 de Agosto—Banquete á Vidiella—Siete epigramas—Cosas de negro—Correo administrativo—Anuncios.
Caricaturas—Un crítico teatral—Dos épocas: En 1825—En 1896—Y multitud de grabados alusivos intercalados en el texto.

Todo lo que se publique en este periódico sin llevar un seudónimo ó señal al pié, pertenece al redactor de EL NEGRO TIMOTEO.

Un baile en Montevideo

(Zarzuela criolla sin música y en un acto)
ESCENA V

PASCASIA y RAMONA (derecha) quedándose atónitas (cantan las dos)

La sala muy linda que está....

¡Qué buen adornista es papá!

Las macetas aquí,
Las consolas allá,
Los espejos allí,
Las estatuas acá.

La sala muy linda que está....

¡Qué buen adornista es papá!

Un salón tan así,

No lo tiene quizá,

Ningún rey marroquí,

Ni el más alto rajá....

La sala muy linda que está....

¡Qué buen adornista es papá!

(Repiten el duo. Lo que sigue es hablado.)

PASCASIA—Una perspectiva deliciosa.

RAMONA—Regia, regia. (Fijándose en el florero.) Quién habrá prestado esta charrería?

PASCASIA—No lo sé... A nadie se han pedido floreros, por que nos sobran.

RAMONA—Hermoso piano.

(Lo hace sonar.) Y qué voces tan agradables... Lo sensible es que no nos pertenezca... sino por una noche!

PASCASIA—El nuestro chilla como guitarra vieja; pero papá me ha prometido

comprar uno de cola en cuanto realice el negocio de los carpinchos.

RAMONA—De qué fabricante?

PASCASIA—Los carpinchos?

RAMONA—El piano, hija, el piano de cola.

PASCASIA—No me acuerdo. Es un fabricante alemán. El nombre de esta gente me entra por un oído y me sale por el otro... Se necesita una garganta de perro para pronunciarlo.

RAMONA—(Tocando una silla.) Mira qué muebles monos había tenido la Picolomini... Repara en ese sofá. Es de lo más elegante que se puede pedir.

PASCASIA—Cierto. Sin embargo, lo más chic es la vajilla de plata que nos ha facilitado la viuda de Petrowsky. Dará golpe en el aparador...

RAMONA—Lástima que lleve su monograma! Aunque en algo se confunde con el de papá.

PASCASIA—Eso no lo advertirán los convidados, amén de que papá la colocó de manera que es muy difícil descubrir la engañifa.

MÚSICA

RAMONA—Esta noche en los artísticos salones.

De la casa solariega de papá,

El high-life montevideano

Todo entero se hallará.

PASCASIA—Y mañana, de seguro, desde *El Siglo*,

Hasta el diario gubernista *La Nación*,

Hablarán con alabanza

De la espléndida reunión.

LAS DOS—Al cónsul de Andorra

Le echarán incienso,

A maná de elogios

La rellenarán:

Y á nosotras, ninfas,

Magas y querubes,

Y ángeles y peris,
Nos titularán.

RAMONA—Mejor que modistas

Y que peluqueros,

Charlarán cronistas

Y gacettilleros,

De nuestros peinados

Gadán ó Musión....

PASCASIA—Y de nuestros trajes

Rosados ó azules,

Con cintas y encajes

Y flores y tules,

Hechos por la insigne

Madama Varón.

LAS DOS—La sala muy linda que está....

Qué buen adornista es papá!

Las macetas aquí,

Las consolas allá,

Los espejos allí,

Las estatuas acá.... etc. etc.

ESCENA VI

LAS ANTERIORES Y BASILISA (derecha)

BASILISA—Muchachas, echen un vistazo por el comedor.

RAMONA—Para qué? No lo arregló papá?

BASILISA—No importa. Podría habérsele escapado algún detalle. Cuatro ojos observan más que dos.

Y que Simona se vista de una vez. Tarda tanto en su tualete, como si fuera la señora de la casa.... Doméstica insolente! (Pascasia y Ramona salen, fondo. Basilisa recorre el salón.)

Mi esposo es irremplazable como adornista. No, como ornamentista, pues á él le agrada que le llamen ornamentista, para diferenciarse de Lusiardo que se titula adornista; por más que no tema la competencia de este ni de nadie....

Posé una habilidad y un aquel que se lo envidia todo el mundo. La verdad que más parece nacido para adornista, es decir, para ornamentista, que para cónsul. Así es que se lo disputa lo más granado del haut-fion de Montevideo.... siempre que se trata de un baile, de un concierto, de una reunión cualquiera. Hasta los ministros extranjeros lo utilizan en ocasiones.... Si será un hombre indispensable mi marido! El para acomodar vistosamente las mil chucherías de una kermese aristocrática; para organizar un divertido picnic en Colón; para preparar el menú de una comida de gran tono; para amueblar poéticamente el nido de dos novios en vísperas de casarse.... Mi esposo es un especialista en todas esas materias y en otras que al presente no recuerdo. ¡Qué orgullo y qué dicha para mí, ser la compañera de un hombre tan lleno de títulos á la consideración de sus conciudadanos!

ESCENA VII

BASILISA Y EL CÓNsul (poniéndose el chaleco de baile)

CÓNsul—Qué me dices del salón?

BASILISA—Como obra de tu mano... ¡Irreprochable! Cuanto vá á rabiarse de Chinchurria, que se ha propuesto rivalizar con nosotros en savoir faire y refinamientos sociales!

CÓNsul—Desgraciada!... Envidiosa!

BASILISA—Supongo que te pondrás la decoración que te mandó el sultán de Egipto.

CÓNsul—El kedive.

BASILISA—O el kedive. Esa cola enroscada te sienta muy bien.... Por cuánto alquilaste la alfombra?

CÓNsul—Por veinticinco pesos.

BASILISA—Cara es, pero buena.

CÓNsul—De lo mejor que hay en plaza. No es más

lujosa la del doctor Peripatético, que tanto se enorgullece con su vestíbulo turco.

BASILISA—Turco si que es el doctor.... Esto hubiera quedado más chic con los jarrones japoneses de doña Bonifacia.

CÓNsul—Sí; mas ni siquiera ha contestado al billete en que se lo pedía, solo por esta noche. Ya comprendo el motivo de su silencio.

BASILISA—Por qué?

CÓNsul—Porque está enojada conmigo, pues nunca me le saco el sombrero al encontrarla en la calle.

BASILISA—Cómo?

CÓNsul—Que yo tengo dos maneras de saludar á las señoras de mi relación. A las que se presentan en sociedad, en la alta sociedad, me les quito enteramente el sombrero; así.... hasta los piés (*hace el ademán*); y á las que no aparecen, aunque sean damas distinguidas, las honro suficientemente con llevar la mano al ala de mi galera. De este modo marco la diferencia que existe entre unas y otras, para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

BASILISA—Te portas como un verdadero high-life.

CÓNsul—Naturalmente. Muy bien cortado tu vestido. (*Se lo arregla*.) Como si fuese de la casa Worth. Y el de las muchachas?

BASILISA—Conforme al último figurín. La modista se ha esmerado. Yo me figuraba que iba á ponerme hocio, cuando le manifesté que hasta de aquí á dos meses no le pagaría los trajes; pero al revés, se sonrió amablemente y me respondió:—Señora, tómese Vd. el plazo que se le antoje.

CÓNsul—Esa gente adivina.

BASILISA—Qué?

CÓNsul—Que pronto volveré á conseguir la ganga de los carpinchos; aunque ahora á medias con algunos personajes de la situación. Sin embargo, es tan pingüe la cosa, que dará

para todos. La modista ha olido el pastel y de ahí su desprendimiento. (*Como recordando*.) Caramba! una noticia desagradable. Doña Dolores Fuertes de Barriga no vendrá á la fiesta. Acabo de recibir una carta en que me lo anuncia. Una repentina indisposición de Sinforosa....

BASILISA—Ya sospechaba la indisposición.

CÓNsul—Es posible? Algún caso grave que la haga indigna de pisar nuestros salones?

BASILISA—No, hijo; nada de eso felizmente. Es que Madama de Perigny no les habrá confeccionado el vestido. Hace quince días me lo anunciaba:—Si esas tramposas no me entregan los cuatrocientos pesos que me deben, lo que es de aquí no sacarán ni una hilacha al fiado.... Esa es la indisposición repentina....

ESCENA VIII

LOS ANTERIORES Y SIMONA

SIMONA—Señora....

BASILISA—Quién la ha llamado á Vd?

SIMONA—Creía que pudiera necesitarme.

BASILISA—Retírese.... ¡Qué atrevida!....

CÓNsul—Ha de ser por curiosar.

Un gallego y un ministro

El 25 de Agosto
Del año de los impuestos,
Y de entregar á Ferrari
Como unos treinta mil pesos,
Para escuchar de Tamaño
Más de un idem dó del *p cho*;
Año también de elecciones
Y de compras de armamento,



Que se ignora lo que cuesta
Mas se supone que es grueso.
De la fundación del Banco
Borda-Lessa y más lobeznos;
De las comidas á costa
Del erario sin dinero;
De los sueldos atrasados
En cinco meses y medio;
No publicación de cuentas,
Y otros tapujos y enredos,
Y ruletas y garitos,
Y coimas y otros excesos;
Por la plaza Independencia
Iba cruzando un gallego,
Con un cajón como chata
Sobre la cabeza puesto,
En el cual muchas botellas
De bebestibles diversos,
Mostraban á los curiosos
Sus golletes verdinegros,
Entre unas cuantas bandejas
De dulces varios y frescos,
Que los curiosos miraban
Con los ardientes deseos,
De Tántalo el infelice
Penado á suplicio eterno.



El conductor caminaba
Jadeando como un camello,
Que va con su carga enorme
Trotando por el desierto.
Y no es inexacto simil,
Porque la plaza del cuento,
Es un Sahara y era un bruto
El del cajón, salvo el cuerpo.
Quiero decir, salvo el alma,
Si la tenía el jamelgo,
Que la tenía, pues toda
La iba echando en el trayecto,
Con la lengua y con los bofes,
Entre unos hipos horrendos.
La acémila caminaba
Con rumbo al churrigueresco
Caserón que denominan
El palacio de Gobierno,
Cuando al pisar en la acera
Del referido adefesio,
Dió un tropezón y la carga
Toda se le vino al suelo,
Y al suelo fué de narices
Igualmente el extranjero.
Derramáronse los dulces,
Las botellas se rompieron,
Y como acuden las moscas
A la miel, unos doscientos,
Entre chiquillos y grandes
Y entre soldados y pueblo,
Lanzáronse sobre dulces
Y vinos, que en arroyuelos
Corrian y aprovecharon
Los que titulan Mamertos,
Panza abajo los licores
Con la basura lamiendo,
En tanto que otros los dulces
Concluían en un momento.



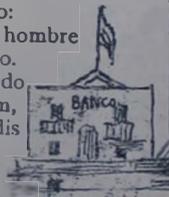
El gallego levantóse
Y al punto dijo muy serio:
— Comed y debo bastante,
Que por el Cristu del cielu,
Non comereis ciertamente
Nin bebereis de lo ajenu;
Bebereis y comereis
Sejuramente lo vuestro,
Por que lo pajais vosotrus,
Dado que de vuestro cueru
Salen todas las correas;
Y lo peor y lo más feo,
Es que lo pajais al calu
Sin comerlu nin beberlu.
Con que bebed y comed
Y que os haja buen prevechu.
Palabras tan oportunas
Los oyentes aplaudieron,
Y ellas de un modo acabado
Prueban la verdad de aquello:
Que bajo una mala capa



Hay un bebedor muy bueno,
Y un segundo Salomón
Bajo la piel de un zopenco.
Por ese solo discurso
Bien merecía el gallego,
Ya que no la digna banda
Del magistrado supremo,
Pues que el Código sagrado
Prohibe darla á un extranjero,
Una mullida poltina,
La de Hacienda, por ejemplo,
Donde estaría mejor
El aludido sujeto
Que el señor don Federico,
Por más señas el abstemio.



Dos personas alejadas
Del teatro de los sucesos,
Mirando llegar el coche
De don Federico á tiempo
Que el del cajón se caía,
Y por lo mismo creyendo
Que era el ministro de Hacienda
El del porrazo, dijeron:
— Don Federico ha rodado
Por bajarse como un viento
Del coche. Y otro individuo
Que los escuchó:— No es cierto,
Murmuró— Cómo lo sabe
Si no lo ha visto?— No tengo
Necesidad de mis ojos
Para estar seguro de ello.
— Querría Vd. explicarnos?...
— Sí, señores, que lo quiera.
Aun no ha marchado á la iglesia
El Presidente y del templo
Por consiguiente el ministro
Con Su Excelencia no ha vuelto,
Y por ende todavía
No ha comenzado el refresco.
De lo cual, señores míos,
Esta consecuencia infiero:
Que el ministro no es el hombre
Del porrazo y lo sostengo.
Ahora si hubiera concluido
En la Matriz el Te Deum,
O mucho mejor los brindis
En palacio, y de regreso
Para su casa bajase
La escalera el de Toledo,
Entonces afirmaríá
Que era el del golpe soberbio.
— Vaya una lógica rara!
— Pues yo, señores, me entiendo.



El 25 de Agosto

(Juan está leyendo en un diario la Declaratoria de Independencia. De repente deja el diario y empieza á hablar.)

JUAN—Pedro, qué grandes fueron nuestros padres!

PEDRO—Grandes? No, ché; eran de estatura regular, así como yo y vos.

JUAN—El burro por delante.
PEDRO—Perdoná, hermano. Eran así como vos y yo, sobre todo tata. No te acordás?

JUAN—Me refiero á los del año 25.
PEDRO—Del año 25? Tuvi- mos otros padres el año 25?

Cómo se entiende, Juan? Entonces cuántos padres tuvimos?

JUAN—Ah! Pedro. Pedro! Qué cabeza de adoquín la tuya!

PEDRO—No, ché... Fijáte, más bien es redonda que en figura de adoquín. Parecida á la de los finaditos.

JUAN—Hablo de nuestros mayores, de nuestros inolvidables mayores.

PEDRO—Cuáles, por Dios? Hay tantos mayores! Lo menos mil, sólo en la Lista 7 de Setiembre. Para que uno adivine de qué mayores tratás!



JUAN—Otra te pego!... Ay! qué porongo te regaló la naturaleza en vez de cráneo!

PEDRO—Pues explí- cáte, Juan. Los grandes mayores, los grandes pa- dres!... Ah! ya caigo... Los padres de la Iglesia? El cura Letamendi siempre me nombraba á San Agus- tín y San Crisosto, que llamaba grandes padres de la Iglesia.

JUAN—Tampoco me has entendido. Aludo á nuestros grandes varones.

PEDRO—Barones? En la familia han figurado barones? Hola! Venimos de casa solariega, como tabea Ugenio Polainas? Recién me desa- yuno con la noticia.

JUAN—Qué tinocéfalo, como grita Brian á su lacayo.



PEDRO—Muy lindo! Com- pararme con el lacayo de Brian! A mí, un nieto ó bisnieto de barones, se- gún acabás de reve- larlo.

JUAN—Ojalá, hijo, ojalá, aunque descendiéramos de algún hidalgo de bragueta.

PEDRO—El qué?

JUAN—Que yo, deseando formarme un buen árbol genealógico, me puse á estudiar la herál- dica, y estoy al cabo de muchas cosas sobre el particular.

PEDRO—Y qué es un hidalgo?

JUAN—Es una persona distinguida por su sangre. Ahora bien, ni el más ilustre de nues- tros antecesores ha sido hidalgo, que es como el primer escalón de la aristocracia... Ni siquiera hidalgo de bragueta!

PEDRO—Vaya un nombre raro! Bragueta es la abertura de los pantalones.

JUAN—Justamente, y los antiguos monarcas conce- dían el privilegio de hidal- go, apodándole de bra- gueta, al palurdo que ha- bía procreado siete hijos del sexo fuerte, sin ninguna mujercita de por medio...

PEDRO—Y ni aun así?...

JUAN—Ni aun así, por la bragueta, se ha conocido un hidalgo en nuestra familia. De mis averiguaciones minuciosas, resulta que nuestro bisabuelo, el más prolífico de la numerosa raza, padreó catorce vástagos morridos...

PEDRO—La gran perra! Catorce?... Y como asegurás que no hubo ningún hidalgo en la progenie? Ese dobló la cuenta. Por consiguiente, apareció dos veces hidalgo de pretina...

JUAN—De bragueta... No; porque de los ca- torce vástagos, ocho pertenecieron al ganado rabón...

PEDRO—Y seis al machaje? Qué lástima... Le faltó uno solo para lograr el privilegio!

JUAN—Uno solo... En fin, cómo ha de ser! La nobleza de la familia empieza en mí...

PEDRO—Y en mí.

JUAN—Tú eres el segundón de la prole! Mas eso no quita que conmemo- remos ambos la gloria de nuestros insignes padres, de nuestros varones ilus- tres, de nuestros inolvi- dables mayores.

PEDRO—Caramba! Ché, qué gloria vamos á festejar cuando no la consiguieron ni por la bragueta?

JUAN—La del acta de la Florida.

PEDRO—Eso sí. El acta que firmaste después de la bendición de la bandera.

JUAN—Pedro!... El acta de la Honorable Sala de Representantes.

PEDRO—Cada vez te comprendo menos. Qué representantes se reunieron en la Florida? En la capital es donde celebran sus sesiones.



EL NEGRO TIMOTEO

DOS ÉPOCAS

EN 1896
Y tretebundos malones
Contra su misera gente,
Van dando los figurones
Del presente.

EN 1825
Recias batallas campales
Contra el extranjero osado,
Reñían los generales
Del pasado.

Aprended, pueblos, de mí,
Lo que va de ayer a hoy,
Ayer maravilla fui
Y hoy sombra mía no soy



JUAN—El acta de autonomía del 25 de Agosto de 1825.

PEDRO—Concluyéramos!

JUAN—Esos hombres sí que eran gigantes! Rodeados de las tropas del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo, que ignoro cuál sería, proclamaron libre é independiente á la Provincia Oriental.

PEDRO—Pucha, qué guapos! Pero estás cierto que los atacaban tantos enemigos juntos?

JUAN—Escucha lo que reza el acta: «(Leí.)

En consecuencia, reasumiendo la Provincia Oriental la plenitud de los derechos, libertades y prerrogativas inherentes á los demás pueblos de la tierra, se declara de hecho y de derecho libre é independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo, y con amplio y pleno poder para darse las formas que en uso y ejercicio de su soberanía estime convenientes.» Lo cual prueba que combatía contra muchos soberanos al mismo tiempo: el rey de Portugal, el emperador del Brasil y cualquier otro del universo, que por olvido dejaron de nombrar....

PEDRO—O por el apuro con que se levantaría el acta, rodeados de tantas tropas como se hallaban los representantes.... Sin embargo, ya demostraron valor!....

JUAN—Por eso te manifesté que fueron muy grandes nuestros padres, nuestros varones ó nuestros mayores....

PEDRO—Pero qué tenían que ver en todo eso nuestros mayores, nuestros varones ó nuestros padres, que no habían llegado todavía al país? El año 25 andarían por los Pirineos labrando la tierra ó cuidando gallinas.

JUAN—Es una metáfora, una figura retórica. (Pegaré en el clavo ó en la herradura?)

PEDRO—Cómo?

JUAN—Que nuestros padres, nuestros varones ó nuestros mayores, significa nuestros antepasados.

PEDRO—Peor que peor! Cuando los viejos nada tenían que ver con el 25 de Agosto por que á la sazón vivían en Francia, lo que es nuestros antepasados... ya se encontrarían todos en el cementerio de la aldea.

JUAN—De cualquier modo, como hemos nacido en la República, aunque el año 25 nuestros antepasados durmiesen todos en el cementerio de la aldea y nuestros padres se ocuparan en sembrar coles ó cebar gansos, que es una de las industrias del país, conviene que evoquemos la memoria de los héroes del año 25 y los denominemos nuestros progenitores.

PEDRO—Me lo aconsejás?

JUAN—Naturalmente. De lo contrario apareceríamos como hongos en la historia del Uruguay. Los hijos de ingleses, italianos y demás extranjeros que el año 25 moraban en sus respectivas naciones y no sabían en qué parte del mundo existía una Provincia Oriental; los hijos de toda esa gente arribada aquí después del año 30, no dicen nuestros mayores, nuestros varones, nuestros padres, que lucharon por la santa Independencia Nacional?

PEDRO—Dicen.

JUAN—Por qué, pues, nosotros no hemos de imitarlos? Y debemos solemnizar el aniversario célebre. Con este propósito he mandado preparar un banquete para esta noche.

PEDRO—Nunca te faltan motivos para organizar comestros.

JUAN—Y como el banquete será en homenaje á la fiesta famosa...

PEDRO—Convidarás al cuerpo diplomático?



JUAN—No; es una fiesta íntima; aunque como la doy en homenaje del 25 de Agosto para honrar la memoria de nuestros padres, de nuestros varones, de nuestros héroes, de nuestros mayores, de nuestros antepasados, de nuestros próceres del año 25, haré que la pague el tesoro público. No opinás que es un buen modo de rendir un tributo á los que firmaron la Declaratoria de la Independencia?

PEDRO—Y sobre todo un tributo muy barato!

El banquete á Vidiella

Un banquete van á dar
Al ministro más honrado
De esta tierra singular,
Porque acaba de fundar
El gran Banco del Estado,
Dirigido en su alta empresa
Por el argentino Lessa.

El ministro tan honesto
Al instante ha respondido,
Que no acepta por modesto
El banquete referido,
Y que sobre todo el puesto
Principal en dicha mesa,
Corresponde al señor Lessa.

Él, un hombre que hace gala
De ser justo y de ser franco,
Sin perifrasis señala
Como padre del gran Banco,
A su amigo, pucs propala
Que el autor de la obra esa,
Del principio al fin es Lessa.

Que quien la idea le dió
Del gran Banco y quien el modo
De fundarlo le enseñó,
Con el empréstito y todo
Que en Londres se consiguió.
Mediante una coima gruesa,
Fué su compañero Lessa.

Que quien trató con Cassel,
Levita y el sindicato,
Haciendo triste papel
Y dando á esta patria gato
Por liebre en un mal pastel
De hojaldre cruda y espesa,
Fué su carísimo Lessa.

Que además quien redactó
La carta orgánica y quien
En todo lo *palenqueó*,
Y en el debate también
Que el proyecto suscitó,
Fué, por su honor lo confiesa,
Su amigo don Manuel Lessa.

Que ahora mismo, ya nombrado
Un directorio eminente,
Desde el vocal más negado
Hasta el propio presidente,
El gran Banco del Estado
No abrirán, aunque haya priesa,
Sin que venga el señor Lessa.

Que del propio presidente
Hasta el último vocal,
Reconocen buenamente
Que directores, gerente
Y el resto del personal,
Son así como pavesa
De la luz del señor Lessa.

Que es Lessa, pues, el autor
Del gran Banco y que será
Su verdadero motor,
Y que por él bien irá
O irá de mal en peor,

Que á la gloria ó á la huesa
Lo llevará el señor Lessa.

Que él, don Federico, aunque
Discurseaba sin descanso
Por la institución, á fé
Que habló por boca de ganso,
Y en todo inspirado fué
Por la habilidad traviesa
De su grande amigo Lessa.

Por tanto, la comilona
Con que le quieren honrar,
Corresponde á otra persona,
Que es quien debiera ocupar
Igualmente la poltrona;
Y él sin rodeos expresa
Que esa persona es su Lessa.

Los amigos del honrado
Caballero de las granjas,
Sin equívoco menguado,
Ya que han abierto las zanja
Del banquete mencionado,
Contestan que ello es futesa
Y que la obra no es de Lessa.

Que siempre el lugar primero
Debe el ministro ocupar
En ese festín de Asuero,
Y que el segundo lugar
Se reserva al caballero
De reputación ilesa,
Alias el factotum Lessa.

Oh! triste justicia humana!
Los unos la fama tienen,
Los otros cardan la lana;
Por eso á Vidiella vienen
Tocando diana tras diana,
Cuando el ministro no cesa
De echarle la gloria á Lessa.

Por eso los seis ó siete
Que á Vidiella van á dar
El succulento banquete,
Quiéren á Lessa tratar
Como si fuera un zoquete,
Cuando ni Banco ni mesa
Existirían sin Lessa.

Siete epigramas

UN HOMBRE DE LETRAS
Hombre de letras, así,
Se llamaba Juan Cantera,
Que nunca fué ni siquiera
Literato baladí.

—Entonces, amigo Lista,
Por qué así se titulaba?
—Porque con letras andaba...
Pues el hombre era cajista.

LA NIEBLA Y LOS INGLESES
—Estuvo en Londres?—Verdad;
Tres meses allí pasó.
—Y qué más le gustó á usted
En esa enorme ciudad?
—La niebla.—Cómo, Meneses?
—La niebla, querido Puebla,
Por que merced á la niebla
No vé nadie á los ingleses.

LA GRAN CANALLA
—En la Plata salió á luz
Un libro *La gran canalla*.
—De productos de esa talla
Libres estamos, Juan Cruz.
Que con gente honrada y seria
Coal la que gobierna aquí,
Para hacer un libro así...
Nadie tendría materia.

UN DIPUTADO
—Quién es aquel hombre?—Cuál?
—Aquel individuo-modo.
—Ese que dándose todo



Ha entrado en la Catedral?
—Sopla! ni Juan mi criado
Con su traje dominguero
Va más hinchado y más huero.
Mas quién es?—Un diputado!

EN LO DE MAVEROFF

Expuesto en la vieja casa
De Maveroff, dijo Esther,
Muy bien pintado vi ayer
El retrato de Tonasa.
—Pues ayer también allí,
Con su marido Torcuato,
Yo á la dama del retrato
Más bien pintada la ví.

SE LA PONE Ó SE LA QUITA?

En cierto gran mausoleo
De un varón de escasa gloria,
La estatua de la Victoria
Vese (y está en el Buceo).
Que una corona bonita
Tiene en la mano... Y pregunto.
¿Esa corona al difunto
Se la pone... ó se la quita?

CON MACANA Y NO PRETEXTO

Fué á quejarse al comisario
Cierta Juana, á quien había
Dado una tunda bravía
Su marido, un perdulario.
—Y con qué pretexto, Juana,
Dijo el comisario Sexto?
—No me la dió con pretexto,
Sino... con una macana!

dente, que donde no alcanza el acero suele
alcanzar el oro.... Luego cogió la pluma y mas-
culló:

—Con esta pluma de acero escribiré mi
nombre y apellido al pié de su renuncia y
aceptándosela....

—Cómo, señor Presidente? tartamudeó so-
bresaltado el ministro de Hacienda.

—Cuando Vd. me la traiga; no se alarme.
Aunque me supongo que no tendrá tan buena
idea por ahora.

—Ni nunca, señor Presidente. Esto es, mien-
tras dure su periodo de administración y traba-
jo, salvo que V. E. me destituya. Porque yo
estoy dispuesto á sacrificar al país todavía
más....

—Hombre!

—Me equivoqué, señor Presidente. Yo estoy
dispuesto á sacrificar todos



mis escrúpulos por servir al
país y á V. E. todavía más
que hasta la fecha, con
la mayor probidad si
cabe y mayor patriotismo.
—Esto es lo secundario.
Lo principal es la probidad.

—Oh! en cuanto á eso, yo
soy honrado y V. E. es honrado.

—Conforme; pero no se olvide de nuestro
amigo Brian.

—Brian también es honrado; tan honrado
como nosotros....

—Y como el doctor Perea. Bueno, señor
ministro, puede Vd. retirarse.

Y no hubo más.

—Con que muda de domicilio la comisión
liquidadora del Banco Nacional?

—Efectivamente, pasa á ocupar el edificio
de la compañía de luz eléctrica.

—Hombre, buen augurio!

—Buen augurio?

—Pues, porque ahora, con esa luz, quizá el
público pueda ver algo entre las sombras de
aquella Cuenta Especial.

—Ha de ver... que siguen más oscuras ó
más espesas que antes.

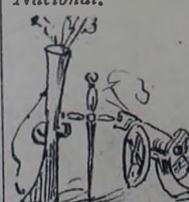
La banda del 4.º de Cazadores fué á dar
música al Presidente la noche del vigésimo
cuarto aniversario de su casamiento «con la
señorita Matilde Baños,» como dice familiar-
mente *La Nación*.

Qué escena digna de la
Roma de los emperadores
ó de la prostituida Bizan-
cio! Y pensar que pasó
en la ciudad de Monte-
video, llamada la Nueva
Troya por Alejandro Du-
mas, padre!



O mejor por el general
Pacheco y Obes, que fué realmente, y no Du-
mas, el autor del libro que corre con el nombre
del famoso literato y embustero francés.

El Nacional comunica á *La Razón* «para que
se refocile un poquito»—pues probablemente lo
ignora—que el defensor de uno de los encau-
sados en el proceso Butler, «trata por todos los
medios posibles, de señalar otros rumbos á la
pesquisa,» distintos de los que ha indicado *El
Nacional*.



«Sabemos que algún juez ha
insinuado la utilidad que
habría en espigar de nue-
vo alrededor del cartel y
del personaje rozado por
su redacción. Y también
sabemos que algún defen-
sor se opone seriamente,
pero muy seriamente, á que
la vista de la justicia se dirija hacia ese lado.»

Y el artículo en que *El Nacional* dice eso lo
titula *Defensa por partida doble*... Lo único que
ahora falta es conocer el nombre del defensor
que se opone tan seriamente á que se haga la

luz en el proceso y la razón de por qué se opo-
ne. Sobre todo la razón...

El Nacional ha llamado lo más importante,
pues por las señas que da, no se puede com-
prender á quien alude. Vaya un enigma que
propone al público!

La Nación hace notar la coincidencia de que,
veinticuatro años después
de haberse casado el señor
Idiarte Borda, firmó el
acta de instalación del di-
rectorio del Banco de la
República.



Es decir, que el señor
Idiarte Borda matrimonio
el 24 de Agosto de 1872 y el 24 de Agosto de
1896 suscribió el acta referida. Han visto uste-
des una coincidencia más feliz?

Para que la coincidencia resulte mayor, *La
Nación* añade que el escribano que legalizó el
acta de instalación, fué el mismo que autorizó
el acta del enlace del que era á la sazón fondis-
ta en Mercedes.

Otra coincidencia que no señala el órgano
oficial: el día del enlace hubo refresco y refresco
hubo el día de la instalación; música el día de
la instalación y música el día del enlace.

Únicamente variaban los instrumentos: el día
de la instalación se usaron los que tiene la
banda del 4.º de Cazadores y el día del enlace
solo viéronse acordeones y guitarras en la fiesta
nupcial!

Sébase que «la instalación del primer direc-
torio del Banco de la Repú-
blica,» no ha tenido lugar
en ó durante la adminis-
tración de don Juan
Idiarte Borda, sino *bajo*
su administración. Así lo
afirma la gaceta número
uno.

Lo mismo ocurre con la es-
tatua de don Joaquín Suarez, según dice el
rótulo del pedestal. La estatua ha sido erigida
bajo la administración de don Juan y no duran-
te ó en su administración como parecía ser.

Qué administración tan aficionado al *bajo* ó
á lo *bajo*! Conocerá la gente palaciega todas las
acepciones de esta palabra, ó creará que tanto
vale poner *bajo* como en ó durante? Oigan
algunas acepciones de *bajo*:

«BAJO. De poca altura... Es de poca altura
la administración del hombre de Mercedes?»

«BAJO. Dicese de lo que
está en lugar inferior respec-
to de otra cosa.»—Compa-
rada con otras administra-
ciones, está en lugar inferior
la de don Juan?

«BAJO. Inclinado hacia
abajo y que mira al suelo.»

Lo que es la administración de don Juan no
mira al suelo ni está inclinada hacia abajo. In-
clinada hacia los impuestos sí que está y mira
al tesoro público con una avidez extraordinaria.

«BAJO. Humilde, despreciado, abatido.» Qué
honor para la administración ó para don Juan
Idiarte Borda!

«BAJO. Vulgar, ordinario, innoble.» Qué ho-
nor para don Juan Idiarte Borda ó para su
administración!

«BAJO. Casco de las calle-
rias.» Sopla! «BAJO. Manos
y piés del caballo.» Cara-
coles!

He ahí algunas de las
acepciones de la palabra
BAJO. Cuál de ellas con-
viene al señor Idiarte Bor-
da ó á su administración,
para que tanto se empeñen su gaceta, él y sus
ministros, en repetir que esto ó aquello se hizo
bajo su administración?



COSAS DE NEGRO



—Pero has visto como tiene la cara el Presi-
dente?

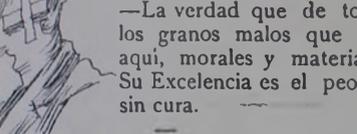
—No.

—La tiene llena de granos. Serán granos
los esos que le han salido?

—Mira, por más malos que sean, nunca lo
serán tanto como lo es él
para la República.

—La verdad que....

—La verdad que de todos
los granos malos que hay
aquí, morales y materiales,
Su Excelencia es el peor y
sin cura.



El ministro de Hacienda regaló al Presidente
una pluma con que acababa de firmar el acta de
instalación del directorio del Banco de la Re-
pública, diciéndole:

—Señor Presidente, la pluma con que en
1887 se suscribió el acta de instalación del
Banco Nacional era de oro purísimo, y el Na-
cional quebró á los cuatro años. Esta es de
acero....

—Y el Banco se fundirá á
los cuatro meses? preguntó
sarcásticamente el magis-
trado insaciable.

—No, señor, porque
el acero es más fuerte
que el oro.... A no ser, si-
guió el ministro creyendo
que soltaba un chiste, á no
ser que nuestra institución de crédito esté ya
en plena bancarrota.

—Sin embargo, yo he oído, replicó el Presi-

